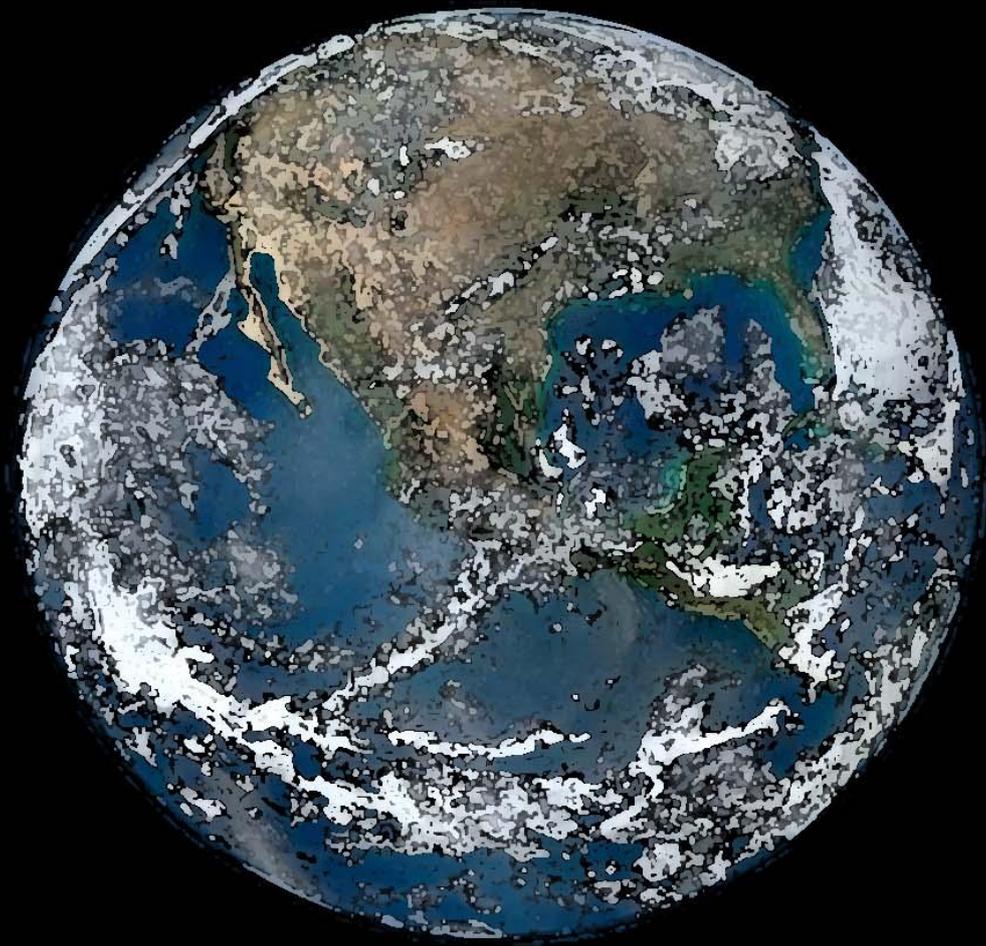


Elena Díaz Fernández



Una segunda oportunidad

**Premio Concurso de Relato Corto "Mariluz Fernández" 2012
(IES El Escorial)**

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

La noticia de la total fusión de los polos no significó mucho, por no decir nada, para los habitantes de la Tierra, al igual que no lo hicieron ni la desaparición de la selva amazónica, ni la subida de cien metros del nivel del mar, ni los recientes terremotos de 11,5 grados en la escala de Richter. La mayoría de la población tenía mejores cosas que hacer que lamentarse por el caos reinante en el planeta. Cuando la noticia fue difundida, la mayoría de la gente ni siquiera prestó atención.

En cambio, la noticia del meteorito impactó profundamente en la sociedad.

Segundo milenio, siglo XXII, año 2112. Si el siglo anterior se caracterizó por las Guerras Mundiales, los atentados, la lucha contra el terrorismo y la exploración espacial, este sin duda será recordado por nuestros predecesores (si es que la especie humana sobrevive hasta entonces) como el siglo en el que la Tierra firmó su sentencia de muerte.

Mi nombre es Marta y formo parte de la última generación humana que nació en este planeta. El año en el que nací, el 1198, los gobiernos de todo el mundo aprobaron una ley que prohibía a los seres humanos tener hijos, debido al increíble incremento de la población (hemos pasado a ser cuarenta y ocho mil millones de habitantes en el último siglo).

Desconozco como sería el planeta Tierra en sus buenos años, pero desde luego no debía parecerse en nada a la Tierra que yo conozco. El Planeta Azul. ¡Ja! ¡Qué ironía! Ni siquiera se merece ya ese nombre. Ahora, el Planeta Azul se ha convertido en el Planeta Gris: ya no queda rastro de los pájaros, ni de los peces, ni siquiera de las molestas “avispas” (se llamaban así, ¿no?) de las que hablan mis libros de historia. El más mínimo atisbo de Naturaleza ha sido destruido para sustituirlo por edificios. Edificios, edificios y más edificios. El planeta entero se ha convertido en una gigantesca ciudad. Hay edificios hasta en el fondo del mar. Pero las cosas estaban a punto de cambiar.

Un sábado como otro cualquiera, encendí el televisor para escuchar el telediario. Sin ni siquiera poner los titulares, cosa que me extrañó, la imagen del presidente de la CPU, la Congregación de Países Unidos, Lewis Houston ocupó la pantalla del televisor. Miró a la cámara y comenzó su discurso.

-Señoras, señores, he de comunicarles una triste noticia que afecta profundamente a nuestra sociedad.-el presidente inspira hondo-Nuestros astrónomos de la NASA han detectado y localizado un asteroide del tamaño de la Luna que viaja a 23 km/s que va directo a nuestro planeta. El impacto será de unos 70000000 megatonnes, superior al que causó la extinción de los dinosaurios. Está previsto que impacte dentro de tres días. Rogamos a la población que mantenga la calma, ya que tenemos naves de sobra para transportar a toda la población a otro planeta habitable. Estas naves estarán listas en dos días. Nuestros científicos han descubierto dos posibles planetas a los que ir, uno en Orión y otro en la galaxia Andrómeda. Las coordenadas que deberán introducir en su teletransportador para acudir a la nave que les corresponda serán anunciadas a continuación. Se les tendrá informados en todo momento. Gracias por su atención y buenas noches.

La transmisión se corta y miles de corazones se paran al mismo tiempo. Cada uno reacciona de una manera distinta: unos chillan, otros se desmayan, otros empiezan a hacer las maletas a toda prisa y a lanzarse a la calle a por comida. Otros, como yo, no podemos ni gritar. Los músculos no me responden. Presa de un temblor incontrolable, caí al suelo de rodillas y rompo a llorar. Me asomo a la ventana y contemplo el sol por última vez; se que, acabe como acabe todo, no lo volveré a ver.

El día 3 de marzo de 2112, a las 6:03:27, mi nave, la 8923, despegó de la Tierra para no volver. Una robosecretaria me condujo hasta mi habitación, la 78954. Me recordaba a un camarote de barco, salvo por el enorme ventanal que cubría una de las paredes. El mobiliario consistía en una cama, un armario, mesillas y un escritorio, además de un baño privado. Me acerqué a la ventana y contemplé la hermosa vista de la Tierra que se abría ante mis ojos. Nunca había ido al espacio antes y me sorprendió la visión. Visto desde allí, la Tierra parecía definitivamente un planeta enfermo, mustio y gris.

Un resplandor en el cielo hizo que saliera de mi ensimismamiento. Un objeto incandescente apareció ante mis ojos y se dirigió al planeta Tierra. La caída no duró ni veinte segundos. El meteorito chocó contra la superficie en algún punto cerca de Australia, y desde el espacio puede ver las enormes ondas expansivas que sacudieron el planeta. El mar se levanto y cubrió gran parte de la superficie y el polvo no tardo en ocultar la superficie terrestre del espacio. Y después, sin previo aviso, pasamos a la velocidad de la luz.

El viaje destino a Terra Nova, un planeta cerca de Orión, duró cinco años, suficiente para que conociera a un montón de gente e incluso conociera al que se convertiría en el chico de mi vida, un encantador chico irlandés rubio y de ojos verdes llamado Jhon. Al fin, tras de cinco años, dos meses y catorce días terrestres, el capitán de la nave anunció la aproximación al planeta. La primera vez que vi Terra Nova me pareció ver un reflejo de nuestro planeta cuando todavía no estaba enfermo. El verde y el azul eran sus colores principales por excelencia y estaba tan lleno de vida que parecía palpar. Incluso tenía un satélite y vi un continente con una forma parecida a la de América. Me recordó tanto a casa que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Aterrizamos en una enorme pradera desierta y cubierta de mullida hierba verde y despejada. Jhonn y yo nos dimos la mano y cruzamos a la vez las enormes compuertas de la nave. Respiré el aire puro y limpio. Hasta olía a vida. Noté que una sonrisa se me dibujaba en la cara. Abracé con fuerza a mi novio y después eché a correr y a bailar sobre la hierba. Distinguí unas montañas a lo lejos. Unas montañas con una forma muy extraña. Unas montañas que tenía sensación de haber visto antes. Sobre ellas había esculpidas unas figuras que parecían... ¿caras? Le pedí a Jhonn los prismáticos y enfoqué con ellos la montaña. Reprimí un grito. No, no podía ser. ¿El monte Rushmore en Terra Nova? Sentí que las rodillas me temblaban y me senté en el suelo. Oí que Jhonn corría hacia a mí y gritaba mi nombre, pero yo no le hice caso. Mi mente unía cabos, relacionaba imágenes y pensamientos: un continente parecido a América, hierba verde, árboles que parecían pinos, el monte Rushmore... Entonces se encendió la bombilla. No estábamos en Terra Nova. Estábamos en la Tierra. Cerré los ojos, intentando asimilar lo que había visto. Muchas personas parecieron tener la misma idea que yo, porque muchos cayeron de rodillas o se aferraron a la persona más próxima para evitar caerse. El aire se lleno de gritos de júbilo. No tardé en imitarlos. Las lágrimas se me saltaron de los ojos. Estaba tan feliz que creí que iba a explotar.

Más tarde me enteré de algo que nuestros pilotos no habían previsto con las prisas de la huida. Este hecho confirmaba la teoría de los agujeros de gusano y sus bucles en el tiempo. La boca de un agujero de gusano pasó por delante de la Tierra justo en el momento en el que las naves despegaron. Al pasar a la velocidad de la luz, nos introducimos en él y provocamos un bucle en el tiempo, regresando a la futura Tierra, miles de años después de que nos marcháramos, cuando el planeta ya estaba recuperado de nuestras agresiones y del efecto del asteroide y listo para acoger de nuevo a la vida.

Algunos lo llamaban milagro; otros, casualidad; otros afirmaban que todo estaba previsto. A mí me daba igual. Lo que estaba claro es que se nos había concedido una segunda oportunidad. Y que no pensábamos menospreciarla.